NOTA EDITORIAL

Dossier Formación universitaria de comunicadores y comunicadoras: tensiones y debates actuales

POR LILA LUCHESSI, PAULA MARTÍN Y VERÓNICA MISTRORIGO

Editoras temáticas: Dra. Lila Luchessi (UNRN); Esp. Paula Martín (UNSa); Lic. Verónica Mistrorigo (UBA)

Formar en comunicación: entre el análisis y el hacer, en tiempos de ajuste y créditos

Desde dónde escribimos

La universidad pública vive lo que Boeykens llama una situación "inédita", dada por recortes, salarios docentes que no alcanzan y una legitimidad que se pone en duda todo el tiempo. Algunos datos de la reseña de Vercellino nos ayudan a dimensionar este contexto: el presupuesto de Ciencia y Tecnología cayó 47,2 % en términos reales en 2025 y el presupuesto universitario se redujo en un tercio en 2024. Al mismo tiempo, las carreras tienen que responder al Sistema Argentino de Créditos Académicos Universitarios (SACAU), a planes que se acortan a cuatro años, a la convergencia digital y a la Inteligencia Artificial Generativa (IAG).

La pregunta bajo la cual se enmarcan estas lecturas, es cuál es el sentido y la relevancia, en este contexto, de detenernos a pensar la formación en comunicación. Fernández Massara contesta que no solo es ineludible sino estratégico. Cicalese agrega otra capa: cada época le pidió a las carreras un tipo distinto de comunicador, y esta no es la excepción.

¿Qué es lo propio de la comunicación?

En este número de la RAC, aparecen tres posiciones que dialogan. Brondani sostiene que la interdisciplina es una *condición constitutiva* del objeto comunicacional, no un eclecticismo de métodos. Por su parte, Fernández Massara retoma la crítica de Follari y propone un *proyecto de disciplinarización*. Le preocupa el vaciamiento teórico que trae la dispersión temática y la "imprecisa noción de interdisciplina". Y Cicalese ubica la dis-

cusión en otro lugar. Desde los años 90 y la Ley de Educación Superior, dice, se consolidó una "industria académica" que se valida hacia adentro, y hoy "estamos formando más comunicólogos que comunicadores", más gente que analiza la comunicación que profesionales que la producen y la gestionan.

Las tres miradas buscan cuidar la especificidad del campo. Brondani habla de "vigilancia epistemológica", Fernández Massara de no resignar la especificidad disciplinar y Cicalese de "pilares filosóficos y epistemológicos que no deberíamos soltar".

Esto es una buena noticia, muestra un campo que sigue preguntándose por sí mismo.

El SACAU y los cambios de planes de estudio

Las entrevistas a Aixa Boeykens y a Gabriela Cicalese se leen muy bien juntas. Una cuenta cómo se hizo una reforma y la otra pone esa reforma en una historia más larga. Boeykens cuenta cómo la UNER adecuó su Licenciatura al SACAU, con talleres de lenguajes, título intermedio, créditos libres y un trabajo final grupal, sin ocultar las resistencias de los sujetos involucrados en este cambio. Cicalese pone esa reforma en una historia más larga. Sostiene que el SACAU responde a una demanda de época eficientista, aunque abre la oportunidad de discutir qué contenidos son "intransigentes". Por su parte, Fernández Massara propone un currículum dinámico, aunque preocupa que la flexibilidad termine recortando la teoría.

Es que en un proceso de adecuación a las tecnologías y lenguajes que subvierten lo conocido, la pregunta es si los planes deben correr tras los hallazgos y objetivos que se implantan desde otros intereses o fortalecer los conceptos que atraviesan el campo disciplinar, las lógicas productivas y el mundo del trabajo en comunicación.

Las aulas, el tiempo. Quienes aprenden y quienes enseñan

En cada época, las tecnologías de la información organizaron los tiempos sociales, organizaron el trabajo y el ocio y generaron necesidades de formación que no siempre fueron atendidas. El tiempo, que organizaba la productividad en segmentos destinados al trabajo, el ocio y el descanso, sufrió uno de los mayores cambios con la irrupción de plataformas y artificios inteligentes. Lo que podía pensarse en términos históricos se vuelve instantáneo y demanda mayor rapidez en la reacción. La consecuencia de este proceso es una dinamización mayor de los productos, realizados con mayor rapidez y sin contexto temporal y espacial.

En la mayoría de los campos los saberes se vuelven difusos, la puja por quiénes establecen los parámetros mínimos para la consolidación del campo vuelven a la discusión sobre qué hay qué saber y quiénes deben enseñarlo. Desde una perspectiva transdisciplinar, la comunicación atraviesa la vida cotidiana y las explicaciones sobre ella requieren de interacciones y discusiones con otras ciencias sociales. Desde la práctica profesional también se revalorizan los cruces y miradas que constituyen los resultados de lo que se quiere comunicar.

En la vida y en las aulas, el tiempo se volvió un bien escaso. Todo indica que nos encontraremos con cuatrimestres recortados, más horas de trabajo autónomo, docentes y estudiantes con varios trabajos y un ingreso a la formación universitaria que exige reforzar lectura y escritura. Las trayectorias son diversas, desde la matrícula que crece (como el caso de la UNER) hasta la cursada a distancia, híbrida o en contextos de encierro. Frente a eso, los textos reivindican el enfoque pedagógico que propone a los y las docentes como intelectuales transformativos, la "palabra vital" de quien estudia y la reflexividad en la formación de investigadoras e investigadores, comunicadores y comunicadoras al servicio de ciudadanos y ciudadanas que requieren comprender la complejidad de un tiempo atravesado por la incertidumbre y la instantaneidad.

Y con un tiempo incierto, instantáneo y escaso, sea quizás la clase -en tanto espacio privilegiado para el encuentro- el lugar donde todo ello juega con más fuerza. En la clase se decide, semana a semana, qué entra y qué queda afuera, qué se lee con detenimiento y qué se menciona al pasar. Qué se propone para pensar como instancia fundamental para la construcción colectiva de saberes. Por eso, podría ser necesario volver a mirar las prácticas de enseñanza y, en ellas, la propuesta de organización discursiva de lo que se enseña, para qué se enseña y con quiénes está dialogando, qué tipo de conversación se propone, cómo se concreta. Cada consigna, cada lectura orientada, cada pregunta que se deja abierta es una invitación a configurar sentidos sobre un saber nuevo, a hacer “algo” desde una intencionalidad organizada. Una invitación a vivir la clase, el encuentro, como una práctica de comunicación en sí misma.

La pregunta por qué enseñar, a quiénes y para qué sociedad, sigue exigiendo tiempo, conversación y decisiones colectivas. Este dossier busca sostener esta pregunta en voz alta en un momento en que la universidad pública necesita defender su sentido además de su presupuesto. Formar en comunicación hoy es, como recuerda Fuentes Navarro (citado por Fernández Massara, 2024), aprender a interpretar e intervenir, y no solo lo uno o lo otro. Esa es también la tarea de quienes enseñamos: interpretar el tiempo que nos toca e intervenir en él, en este caso, desde el aula y la clase como espacios de conversación colectiva.